

# Hermanos de barro

David Colomer Rosel

6 de noviembre de 2018

El día comenzó como cualquier otro día anodino y repetitivo. Una taza de café recalentado del día anterior y un par de magdalenas y la misma música de siempre saliendo de la misma radio de siempre.

La cámara lista junto con la libreta y el lápiz que me acompañan siempre no desentonaban en esta rutina de dirigirme al destino de ese día.

Hoy hay una cosa distinta en el coche. Reluciente puedo ver mi casco con la palabra “PRESS” resaltando en blanco sobre el azul océano del casco. Como cualquier niño con zapatos nuevos no puedo aguantarme y me lo pongo tras depositar la mochila en el asiento trasero.

Un vecino entra en ese momento en el garaje y me saluda con una sonrisa cómplice. Otra excentricidad más a incluir en mi curriculum vitae vecinal.

La carretera está despejada y el viaje es anodino. Me dirijo a las instalaciones de pruebas y entrenamiento de HCA<sup>1</sup>. Hoy tienen preparada una sesión para que aprenda a coordinarme mejor con sus movimientos.

Puede que el avisado lector comprenda ya que este que les escribe es un periodista empotrado. Alguien que debe aprender a moverse con unidades en mitad “del jaleo” y no entorpecer ni incrementar el riesgo (propio y ajeno) cuando las cosas se ponen feas.

Estos chicos con los que voy a compartir experiencias son como usted o como yo, pero con la particularidad de saber que hacer cuando los demás perdemos la calma y el control. No son superhombres, pero sus capacidades y habilidades entrenadas hacen que sean capaces de responder en situaciones en las que los demás nos vendríamos abajo.

La sesión comienza con una charla introductoria sobre los objetivos que deben cubrirse en la sesión. No hay margen para la improvisación. El responsable al mando, el TL, nos explica que es lo que estamos buscando: aprender a coordinarnos.

Las caras de los más veteranos muestran el gesto de quién sabe que como decía el General Patton, “no hay plan que aguante el primer disparo”. Los más jóvenes están tan atentos como yo para no perderse la más mínima información.

He estado tomando notas, o al menos eso es lo que creía. Cuando releo lo apuntado aquello no tiene el más mínimo sentido: flanco, retaguardia, voz de alerta, canal, radio, binomio.

Algo me queda claro: soy en este momento una clase de apestado. Un elemento incómodo que no saben como manejar. Un veterano me indica que “tu conmigo” con un tono de voz que no me da opción a la discrepancia.

El sol está más alto, pero no me calienta. Sin embargo estoy sudando, un efecto secundario de la gran cantidad de adrenalina que está en este momento recorriendo mis venas.

Mi cámara se contrapone a los fusiles de asalto. En una suerte de competencia fálica siento que la cámara no es lo suficientemente “grande”. Me siento desnudo. Aprieto la rosca del objetivo, la montura, como buscando que crezca, entoces aprecio que ninguno está tocando su arma. Estas cuelgan a plomo desde unas correas, no a la espalda como en aquellas películas de la sobremesa del sábado. Me siento más desnudo aún.

Describir la cantidad de peso que estos seguidores de Marte portan es otra tarea difícil. Términos como “molle”, “pouch”, “hop”, “efepeeses” y similares salen de su boca como entiendo que “isos”, “diafragmas”, “exposición” deben de salir de la mia. Procuro no parecer muy perdido, si eso es posible.

---

<sup>1</sup>Holocausto Canibal Airsoft